

An aerial photograph of a dense, lush green forest. The trees are vibrant and varied in shade, from deep emerald to bright lime green. At the bottom of the image, a wide, calm river with a reddish-brown hue flows horizontally, creating a sharp contrast with the green above. The overall composition is vertical, with the forest occupying most of the frame.

El ladrón de recuerdos

***Viaje por río
a través de Colombia***

MICHAEL JACOBS

TRADUCCIÓN DE MARTÍN SCHIFINO

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones



MICHAEL JACOBS

GÉNOVA, ITALIA, 1952

LONDRES, INGLATERRA, 2014

Historiador de arte, escritor, viajero, amante de Andalucía en particular y de España y el mundo iberoamericano en general, fue uno de los grandes escritores de viajes en la larga tradición del género en Inglaterra y un hispanista ferviente, digno discípulo de Gerald Brenan. Se consideraba a sí mismo «un inglés excéntrico» que llevó a su prosa los mismos elementos con los que había definido a su maestro Norman Lewis (colega y amigo de su padre): «Lucidez, exhaustividad, ausencia de pretenciosidad y una preferencia por la vida vivida al margen de los círculos literarios».

En 1999 se instaló en el pueblo jienense de Frailes donde reposan sus cenizas. Por ese particular Macondo pasaron Sara Montiel o su amigo Cees Nooteboom y lo retrató con ternura en *La fábrica de luz. Cuentos desde mi pueblo andaluz* (Ed B, 2010). «Es el libro que yo debería haber escrito —dijo Chris Stewart, autor del celebrado *Entre limones*— pero ese granuja de Michael Jacobs se me adelantó». Exploró con pasión el arte y la gastronomía española en títulos como *Andalucía, 1990*; *Between hopes and memories: A Spanish Journey, 1994*; *En el resplandor del palacio fantasma: viaje de Granada a Timbuktú, 1996*; y *La Alhambra*. A su otra pasión, Latinoamérica y, particularmente, Colombia, dedicó *Ghost train through the Andes, 2006*, *The Andes, 2010* y, su último trabajo, que ahora traducimos como *El ladrón de recuerdos. Viaje por río a través de Colombia, 2012*, publicado dos años antes de su prematura muerte.



El ladrón de recuerdos

Viaje por río a través de Colombia

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

Título original: *El ladrón de recuerdos. Viaje por río a través de Colombia*
Título de la edición original: *The Robber of Memories. A River Journey Through Colombia*, © Granta Publications, 2012

Primera edición en LA LÍNEA DEL HORIZONTE Ediciones: junio de 2018
© de esta edición: LA LÍNEA DEL HORIZONTE Ediciones bajo acuerdo
de Granta Books
www.lalineadelhorizonte.com | info@lalineadelhorizonte.com

© del texto: herederos de Michael Jacobs
© de la traducción: Martín Schifino

© de la maquetación y el diseño gráfico:
Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico
© de la maquetación y versión digital: Valentín Pérez Venzalá

Depósito Legal: M-19119-2018 | ISBN: 978-84-15958-86-4 | IBIC: WTL; 1KLSC
Imprime: Estugraf | Impreso en España | Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

EL LADRÓN DE RECUERDOS

VIAJE POR RÍO
A TRAVÉS DE COLOMBIA

-

MICHAEL JACOBS

-

TRADUCCIÓN
DE MARTÍN SCHIFINO

-

COLECCIÓN
FUERA DE SÍ. CONTEMPORÁNEOS
Nº10

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

ÍNDICE

| | |
|----------------------|-------|
| Prólogo. | |
| El escritor recuerda | (15) |
| Primera parte. | |
| Un verano remoto | (25) |
| Segunda parte. | |
| Río arriba | (83) |
| Tercera parte. | |
| Los desaparecidos | (161) |
| Epílogo. | |
| Carnaval | (263) |
| Lecturas | (269) |
| Agradecimientos | (272) |

En memoria de
Brendan Jacobs (1920-2011)
y Tom Rae (1954-2011)

«...y se dio cuenta de que el río padre de La Magdalena,
uno de los grandes del mundo, era sólo una ilusión
de la memoria.»

El amor en los tiempos del cólera
GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

PRÓLOGO EL ESCRITOR RECUERDA

Aun hoy recuerdo los ojos del gran escritor como los vi aquella noche, primero llenos de vida, después por turnos pensativos, vacíos o cansados, mientras los músicos tocaban sin reparar en ello, agasajándolo continuamente con los vallenatos de su juventud caribeña. Por un momento tuve la certeza de que se había quedado dormido. Su cabeza llevaba un rato sin marcar el compás de la música, y sus párpados carnosos parecían bien cerrados. Me quedé sentado a su lado como un acólito tímido y sobrecogido, sudando por el entusiasmo y el calor. Entonces noté que no dormía en absoluto. Tenía los ojos entreabiertos y me clavaba una mirada socarrona, como si se preguntara quién era yo. Por unos instantes, me dio la sensación de haberme vuelto él mismo en su juventud, mientras él se había convertido en un viejo caimán que me miraba adormilado y casi invisible desde la orilla de un río tropical, con los ojos asomando del agua turbia y captándolo todo.

Lo había visto por primera vez la noche anterior. Era enero de 2010, y acababa de empezar un festival literario en la ciudad costera de Cartagena de Indias. Algunos conocidos del circuito internacional de festivales habían entrado en contacto con amplios sectores de la endogámica elite social de Colombia. Todo conato de debate intelectual se había esfumado a la caída de la noche, cuando el colorido pueblo colonial mostraba su alma hedonista en una serie casi ininterrumpida de fiestas. Los juerguistas más curtidos acababan en el Bazurto Social Club, un famoso local nocturno en un barrio lleno de expatriados,

prostitutas, turistas con poco dinero y amantes del cutre-río encantador.

Recalé allí un poco antes de medianoche. Los bebedores se desbordaban hasta la calle, como buscando cobijo de los animados ritmos africanos de champeta que palpitaban en la sala interior de techos altos. Entré. Me abrí paso entre bailarines trenzados en abrazos eróticos, dejé atrás a los estudiantes amontonados que bebían cerveza y por fin llegué a la barra. Unos cuantos editores y periodistas jóvenes se habían reunido allí para charlar y beber ron. Uno de ellos, un amigo inglés, me dijo que echara un vistazo al fondo del bar.

—Cuando veas quién vino, no te lo vas a poder creer —dijo con una sonrisa beoda.

Al fondo, entre unas cuantas personas sentadas a una mesa larga, reconocí a un poeta granadino, a su esposa, la novelista de éxito, y a un periodista cultural afinado en Madrid que acababa de publicar un libro de memorias literarias titulado *Egos revueltos*. A continuación lo vi a él, sentado junto al poeta, pero sin hablar con nadie, totalmente quieto, mirando el aire lleno de humo. El legendario escritor colombiano.

Su bigote era inconfundible, al igual que su tupido cabello rizado y con entradas, sus gafas grandes y oscuras, sus ojos hundidos. Pero nada más ver esa cara casi tan icónica para mí como la del Che Guevara pensé que se trataba, no de quien todos creían, sino de un doble, un impostor, alguien contratado para prestar un toque paródico a aquella velada literaria. Bien podía ser una de esas estatuas vivientes que pasan horas inmóviles para atraer la atención de compradores y turistas. Apenas se movía, haciéndolo solo cuando los inevitables admiradores se acercaban con timidez para pedirle un autógrafo o expresar su devoción. Entonces el brazo se activaba brevemente

y una sonrisa seca aparecía en su cara, como si hubieran echado una moneda en un recipiente dispuesto a sus pies.

Bien pensado, su presencia a esas horas en un bar popular poco tenía de sorprendente. Era un hombre del pueblo, amante de los bajos fondos, con el encanto de una estrella del fútbol. Lo más notorio era que por fin hubiera vuelto a Cartagena. Casi se trataba de la reaparición del Mesías. Aunque tenía una casa en el centro colonial, apenas abandonaba su hogar adoptivo en la ciudad de México. Evitaba notoriamente los festivales literarios y no había estado en Cartagena desde 2006, cuando su llegada había causado serios atascos en las calles del casco antiguo. Tenía poco más de ochenta años y había estado gravemente enfermo de cáncer. Yo había oído varios rumores sobre su muerte inminente.

Sin embargo, el hombre sentado en el Bazurto Social Club no daba muestras de mala salud, aunque sí de soledad y desconexión de sus acompañantes. Quizá la enorme fama lo había aislado en su propio mundo, convirtiéndolo en su vejez en lo que habían predicho sus libros: el patriarca otoñal, el coronel a quien nadie le habla, el general en su laberinto, la encarnación de cien años de soledad. En ese momento, mientras lanzaba miradas furtivas al fondo del bar, noté otra cosa. El escritor presentaba un aspecto que yo había advertido a menudo en mis padres ya mayores: una ligera apariencia de enfado y perplejidad, como si deseara que todos cuantos lo rodeaban se largaran, como si hubiera tomado la horrenda conciencia de que no tenía ni idea de quién era esa gente y qué hacía en su compañía. Mi padre había muerto de alzhéimer en 1998, tras perder todo recuerdo de sus dos hijos y de lo que había hecho en su vida. Mi madre, por entonces a pocas semanas de su noventa cumpleaños, padecía demencia senil en estado avanzado.

«Lo recuerdo todo sobre el río, absolutamente todo». Las palabras del viejo escritor resurgieron en mi mente cuando por fin llegó la hora de embarcar. Al igual que las palabras iniciales de un cuento, me retrotraían al pasado, al momento en que el escritor, un muchacho de quince años, se ausentaba por primera vez de casa, después de que su familia lo acompañara a Barranquilla. Era enero de 1943, el año en que mi padre había ido a Sicilia, más de medio siglo antes de que mis padres me dejaran en la estación Victoria de Londres, a fin de iniciar un viaje a España que consolidaría mi amor por el mundo hispánico y por los viajes. Me habían matriculado en una academia de idiomas en la ciudad de Córdoba. Por entonces yo también tenía quince años y nunca me había alejado de casa solo. Mi madre me había confeccionado una toska bolsa para el dinero con la tela de una de mis camisetas y me había preparado sándwiches de atún y huevo para todo un día. Uno de sus recuerdos más perdurables era el de la ansiedad que había sentido en mí cuando ella y mi padre me despidieron en el tren. Esa noche mi madre no durmió bien, como tampoco varias noches siguientes. Se preguntaba si volvería a verme.

La voz de Héctor Cruz, más alegre y optimista de lo que la había oído jamás, me devolvió al presente y al exclusivo club náutico que se hallaba en la punta de una ensenada estrecha y escondida bordeada por palmeras y tupida

vegetación. Yo le daba sorbitos a un vaso de cerveza helada mientras lo escuchaba hablar sobre el remolcador que pronto abordaría. No era tan comfortable como el *Humberto Muñoz*, pero llevaría la carga más pesada nunca transportada por río en Colombia: dos gigantescos tanques cilíndricos para una refinería de petróleo situada en Barrancabermeja. Héctor, tan excitado como un escolar en una excursión, se había tomado la mañana libre para ir a despedirme y presenciar lo que llamó «un momento histórico en la historia de Colombia».

Un fotógrafo poco comunicativo, con la cabeza afeitada y una perilla recortada a la moda, había sido contratado para inmortalizar los acontecimientos de la jornada. La otra persona sentada con nosotros en el bar al aire libre del club, debajo de un techo de bambú, era un conocido mío de Bogotá, Julio Caycedo, que se había ofrecido para acompañarme durante todo el trayecto hasta el nacimiento del Magdalena. A regañadientes, me había avenido a aceptar el consejo de Héctor sobre viajar mucho más seguro en compañía de un colombiano que solo. Muchas otras personas también me habían dicho que un gringo solitario sería sumamente vulnerable allí donde me dirigía.

Observé con discreción a Julio, que intentaba mostrar interés anotando en un cuaderno lo que contaba Héctor sobre los tanques que viajaban río arriba, cada uno de los cuales medía sesenta y tres metros de largo por siete de ancho y pesaban seiscientos cuarenta toneladas. «Es decir, ¡1280 toneladas en total!», anunció Héctor, quizás esperando que su público soltara suspiros de asombro. Julio asintió con la cabeza y siguió escribiendo, con una expresión impasible en su cara estrecha y distinguida, con los ojos ocultos tras unas gafas de sol. Más tarde, cuando Héctor se levantó para ir a buscar al camarero,

detecté una sonrisita bajo su barba de varios días. Julio me devolvía la mirada. Me di cuenta de que su primera impresión de Héctor coincidía con la mía.

Yo no sabía mucho de Julio, pero tenía la intuición de que sería la persona perfecta para compartir con él un viaje por Colombia. Nos habíamos conocido el año anterior en Bogotá, donde su esposa había organizado unos encuentros literarios en el marco de las celebraciones del bicentenario. Yo había pasado una velada en compañía de ambos, huyendo del ambiente oficial, escuchando visiones alternativas sobre la presidencia de Colombia, visitando animados locales de estudiantes y descubriendo nuestra común predilección por los garitos y restaurantes populares. No había vuelto a verlo hasta el día anterior por la noche, pocas horas después de su llegada en avión desde Bogotá. Su repentina inmersión en el mundo caribeño y una tarde dedicada a beber ron con un viejo amigo del colegio habían conspirado para infundirle un exceso de emoción y energía. Le preguntaba a cada una de las mujeres que pasaban si quería bailar con él.

Poco a poco descubría más cosas sobre Julio, incluida su habilidad para adaptarse a todo tipo de situaciones sociales. El hedonista desinhibido de la noche anterior era por la mañana la persona fundamentalmente seria y fiable que yo había conocido en nuestro primer encuentro. Aunque sus pantalones cortos y camiseta sin mangas le habían granjeado miradas de desaprobación en la oficina de Héctor, enseguida se ganó a todo el mundo con su encanto y su exquisita cortesía. Cuando le pidieron datos personales para los registros de la Naviera Fluvial, impresionó a ojos vistas a Héctor revelando que el apellido de su padre era el rimbombante Ponce de León —el de uno de los grandes héroes militares de la España del siglo xv— y que él era periodista. Más tarde, en privado,

me contó que prefería utilizar el apellido materno y más común de Caycedo. En cuanto a su labor de periodista, que yo desconocía por completo, dijo que había dejado la credencial de prensa en casa, por si teníamos «encuentros no deseados durante el viaje». Como era comprensible, los guerrilleros y paramilitares sospechaban de cualquiera que pareciera investigar sus actividades.

En el club náutico nos esperaba una lancha para llevarnos hasta el remolcador, pero Héctor anunció que teníamos tiempo de sobra y pidió otra ronda de bebidas. Así pudo contarnos más sobre la Naviera Fluvial, cuyos barcos estaban todos bautizados en honor de algún aspecto de la vida de Humberto Muñoz. Cuatro buques llevaban los nombres de sus hijos difuntos. Me enteré de que ninguno de ellos había muerto mientras viajaban por el Magdalena, como sugerían sin proponérselo las memorias de Humberto. Uno había caído misteriosamente por un balcón, otro había fallecido en un accidente de coche y el tercero en uno de motocicleta. La cuarta hija, Catalina, había sido una de las víctimas del «atentado al Club El Nogal en 2003».

Más tarde, cuando íbamos con los chalecos salvavidas puestos por el muelle hacia la lancha amarrada, Julio me explicó que El Nogal era un exclusivo club nocturno de Bogotá cuya explosión en 2003, a manos de las FARC, había cambiado significativamente la percepción que se tenía del conflicto civil en Colombia. Hasta entonces la élite adinerada del país pensaba que se trataba de algo que afectaba sobre todo a los habitantes de las remotas áreas rurales. Pero entonces la violencia alcanzó los enclaves privilegiados de la capital. De allí en adelante, nadie se sintió seguro.

Tuve que cortar a Julio en mitad de una frase. Sonaba mi móvil. La comunicación se oía mal y entrecortada,

pero pude distinguir a la cuidadora filipina de mi madre. Parecía decir que mi madre había empeorado y estaba en el hospital, preguntando desesperadamente por mí. Entonces la comunicación se cortó. Intenté devolver la llamada, pero me quedé sin cobertura. No sabía qué hacer. Seguí a los demás y subí a la lancha.

La lancha aceleró por la ensenada escondida, dejando atrás las orillas llenas de garzas e internándose en la enormidad épica del Magdalena, desde donde se distinguían las torres lejanas de Barranquilla y una fila de buques, contenedores y grúas alineadas delante del Puente Pumarajo, apenas visible. Me costaba concentrarme en los alrededores. Había despertado al amanecer con la premonición de un drama inminente. Ahora tuve la visión de que mi madre moría alejada de sus dos hijos. Imaginé que mi hermano estaba en alguna reunión importante en Dublín, Bruselas o Estrasburgo, donde no podían contactarlo, mientras yo intentaba desesperadamente regresar desde Colombia.

Sin cobertura telefónica no había manera de saber cuán seria era la situación de mi madre. Y lo cierto era que, si tenía que regresar a Inglaterra, debía decidirlo casi de inmediato, antes de llegar al remolcador al que nos dirigíamos a toda velocidad. Suponía que en cuanto lo abordara quedaría atrapado en él durante días, desconectado del mundo exterior, quizá varado en un banco de arena.

Al cabo, el teléfono volvió a sonar. Me habló una voz apenas audible sobre el rugido del motor de la lancha. Era una enfermera del hospital. «Su madre es fuerte como un toro, ¿no es así, cariño?» Luego habló mi madre, en un tono que no sugería ningún inconveniente. Me preguntó cómo andaba y me dijo que se encontraba bien, de

visita en casa de amigos. Cuando le conté que estaba en Colombia, me deseó que disfrutara de mis vacaciones.

Para entonces la lancha se encontraba a pocos metros de un barco que parecía una versión hidrodinámica del *David Arango*, aquel que Isherwood había comparado con un vapor del Mississippi en los «tiempos de Mark Twain». Solo faltaba la rueda de palas impulsada a vapor. La embarcación, semejante a un pastel de bodas chato y pintado con los vivos colores azul, rojo y amarillo de la bandera de Colombia, tenía tres cubiertas: la superior tenía un puente de mando con techo en forma de pagoda y la inferior estaba casi a ras del agua. Cuatro marineros enganchaban a la proa una barcaza con los dos tanques gigantescos cuyo tonelaje exacto había olvidado, pero cuyo tamaño era más de dos veces superior al de nuestro barco. No podía imaginar cómo íbamos a empujar semejantes monstruos.

Empecé a centrar mi atención en cuestiones distintas de mi madre, a sentir nuevamente la creciente emoción que sobreviene cuando, después de incontables previsiones y demoras, un viaje importante está a punto de hacerse realidad. Pero el presentimiento de algo siniestro, oculto apenas bajo la superficie y esperando para emerger, no se había disipado del todo. Me resultaba inquietante que nuestro barco se llamara *Catalina*, en honor a una mujer asesinada por terroristas.

Héctor nos llevó derechos a conocer al capitán, un afrocolombiano que parecía un alegre cantante de blues con sobrepeso y unos años de más. Al caminar se balanceaba y resollaba, tenía el pelo entrecano y llevaba una enorme cadena de plata bajo su holgado mono verde. Cuando abría la boca, sus ojos casi desaparecían bajo la grasa de sus mejillas, como si estuviera a punto de entonar una sentida canción. Nos chocó la mano a Julio y a mí

con fuerza. Tenía una expresión sincera, una risa sonora y una voz que temblaba y se aflautaba en los momentos de excitación. Dijo que nunca olvidaríamos su nombre: Diomidio Raimundo Rosales. Luego soltó una carcajada.

Cruzamos unas palabras con él bajo el toldo azul marino de la pasarela, donde nos presentaron a la otra «voz de mando» del barco, Alfredo. Este nos contó que estaba a cargo de los dos tanques, que él y Diomidio llevaban más de veinte años trabajando juntos y que nadie sabía más historias que este último sobre el Magdalena. Hacían una extraña pareja. Alfredo destacaba por ser el único miembro de la tripulación sin evidente descendencia africana o zamba —con mezcla de sangre africana e india, como era común en las costas del Magdalena—. Tenía un aspecto casi centroeuropeo, con la piel pálida y sebosa y una seriedad general mal avenida con su intento inicial de congraciarse conmigo al preguntarme, con una sonrisa insinuante, qué pensaba de las mujeres colombianas. Parecía ansioso por caer bien, pero era introverso, amargado y poco querible.

Al parecer, Diomidio y Alfredo, que ocupaban los otros dos camarotes de la privilegiada cubierta central, serían nuestros principales compañeros de viaje, las dos personas con las que compartiríamos las comidas. La sala donde nos íbamos a alojar estaba cerrada en ambos lados por rígidas puertas de vidrio y metal, que vibraban continuamente a causa de los ruidos combinados de las máquinas, el traqueteo de un sistema de aire acondicionado demasiado eficaz y los sonidos mal amplificadas de un televisor. Este último, montado sobre una escuadra, sobresalía sobre un saloncito desangelado con una mesa de fórmica, un diminuto lavamanos y varias sillas de plástico. Con respecto a esa «zona de esparcimiento», la oficina de Diomidio estaba en la otra punta de cubierta.



Y entonces reapareció el mundo de la mitología clásica. Había viajado hasta la entrada del Inframundo, bebido las aguas del Olvido y no las de la Memoria. Ahora recibía mi castigo. Debía volver a la tierra y aprenderlo todo de nuevo.

MICHAEL JACOBS

COLECCIÓN FUERA DE SÍ

*Un paseo literario por el mundo a través
de autores y viajeros de hoy.*

CO#1

Paisajes del mundo

JAVIER REVERTE

CO#2

El cuerno del elefante

PACO NADAL

CO#3

Postales del joven Moss

ALEXANDER BENALAL

CO#4

El camino cruel

ELLA MAILLART

CO#5

Del viaje como arte

EDITH WHARTON

CO#6

Crónica japonesa

NICOLAS BOUVIER

CO#7

En el barco de Ise

SUSO MOURELO

CO#8

El tiempo de las mujeres

ÁNGELES ESPINOSA

CO#9

Chuquiago. Deriva de La Paz

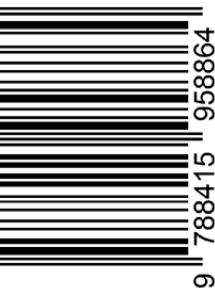
MIGUEL SÁNCHEZ-OSTIZ

CO#10

El ladrón de recuerdos

MICHAEL JACOBS

ISBN: 978-84-15958-86-4
IBIC: WTL; 1KLSC



Un libro valiente, original y conmovedor, lleno de aventura e historia, en el que paisaje y memoria se unen sutilmente.

ROBERT MACFARLANE

...extraordinarios personajes encontrados a lo largo del río, muchos de ellos “dramatis personae” como salidos de un cuento de su admirado maestro Gabriel García Márquez.

CEES NOOTEBOOM

Toda escritura de viaje aspira a convertir el desplazamiento físico en un viaje del alma, pero solo los mejores libros lo hacen. El ladrón de recuerdos es uno de ellos.

JUAN GABRIEL VÁSQUEZ

Divertido, intrigante y elegíaco por turnos, El ladrón de recuerdos es una memoria de viaje exquisita.

JOHN LEE ANDERSON

El curioso impertinente más gracioso, mágico y profundo de hoy en día.

IAN GIBSON

Un encuentro fortuito con Gabriel García Márquez, cuando el escritor ya andaba perdido en las regiones oscuras de su memoria, aviva el deseo de atravesar Colombia navegando el río Magdalena, desde su desembocadura en Barranquilla a su nacimiento en los Andes. El río de la vida lo llamó Gabo, una arteria fluvial que conocía bien y al que alude en sus memorias: «Lo recuerdo todo sobre el río, absolutamente todo», le confesó con los ojos brillantes a Michael Jacobs.

Con la misma pasión, el autor remonta sus aguas sumergiéndose en la magia macondiana de sus aldeas ribereñas, en sus personajes insólitos pero, también, en un paisaje moral arrasado por las FARC, en cuyas garras cae el autor, y las milicias paramilitares. El río como arteria de vida, como alma de Colombia donde fluye la memoria del pasado y los recuerdos, pero también la destrucción o la esperanza. Jacobs observa y participa, registra ese fluir con un estilo tamizado de ternura, humor y empatía con quien sufre. Sus embarradas aguas también son el reflejo de la memoria personal y un viaje íntimo a la extrañeza del olvido.

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones